

Ayer casi dos mil socios de FCO dieron el presente en el acto eleccionario que normaliza nuestra situación institucional (tener una autoridad "residual" y además partida, elegida hace doce años, no sonaba lógico) y deja al Club a las puertas de obtener el cese del fideicomiso y lograr su anhelada resurrección.

Fue un acto ejemplar. Si yo no fuera un inútil informático adjuntaría a este envío la foto que le saqué con el celular al primer votante. Un señor mayor que caminaba ayudado con un bastón y que apenas transcurridos unos minutos de las diez de la mañana, ejerció con entusiasmo y confianza en el futuro su inalienable derecho de decidir sobre la suerte de Ferro.

No hubo objeciones ni impugnaciones en el acto. Se disimularon los límites materiales y se hizo lo posible para que la apertura mental y la confianza en el sistema democrático, dejando que todos hicieran oír su voz mediante el sencillo trámite del voto, fuera una realidad para todos cuantos se acercaron a la Institución.

Habló el pueblo verdolaga. Y lo que dijo lo dijo en un marco de legítima competencia, mereciendo todos –ganadores y perdedores- idéntico respeto. Una puja legítima arroja un resultado que se expresa en victorias y derrotas electorales, pero que suscita idéntico reconocimiento por todos los socios preocupados por el Club que hicieron lo mejor de sí para obtener apoyo de las mayorías –lo hayan logrado o no-.

La crisis de Ferro encuentra demasiadas concausas. En los noventa cambió para mal el país, las clases medias fueron esmeriladas, las antiguas empresas estatales proveedoras de servicios se convirtieron en empresas comerciales más exigentes con sus créditos, el antiguo amor a la camiseta se debilitó, habiendo muchas personas que estaban más interesadas en gimnasios privados o similar, que en seguir practicando deportes en el club de sus amores. También hubo reingenierías fracasadas en el intento de adaptar la Institución a los nuevos tiempos y, piadosamente, solo menciono que hubo en especial alguna gestión de una Directiva que no dejó macana por concretar (los socios, que le negamos aprobación a su último balance, lo tenemos muy presente).

Pero, básicamente, el mal mayor vino de la intolerancia. De la ruptura de antiguos códigos de respeto. De la escisión del Club entre hijos y entenados; como si existiera una “casta” que por haber estado cerca de la histórica gestión de Leyden fuera más verdolaga que aquellos que apostaban a nuevos escenarios y nuevas ideas. A esa ruptura siguieron nuevos quiebres. Nuevas miradas torvas y palabras innecesarias. Nuestras asambleas, que hasta llegaron a tratar la expulsión de un ex presidente y de varios directivos, eran un modelo de mala relación; de falta de sentido común, de confusión entre la pasión y la grosería.

Tras doce años de “exilio”, ¿habremos aprendido? El acto electoral de ayer permite esbozar alguna esperanza. Nadie es dueño individualmente de las glorias centenarias de Ferro Carril Oeste. Es una propiedad colectiva, que sólo subsiste si se nutre de ese “entre todos” que alguna vez –en nuestras infancias o juventudes- nos saludaba desde un banderín que señalaba al Etchart. Los desafíos son inmensos. La mayoría de los socios del Club eligió al equipo que se cargará con esa pesada tarea. Una vez más la auténtica superación de la crisis depende de hacerlo entre todos. Pregunto, y no afirmo, como en mi lejana adolescencia: ¿Entre todos lo haremos?

E. Daniel TRUFFAT (socio vitalicio Nro. 2769)